



XVIII

Conversación.

DE época reciente es la frase « Apostolado de la oración » y la de « Apostolado de la Prensa » ¿ por qué no hemos de usar también la de Apostolado de la conversación?

Precisamente las grandes industrias y origen de los más grandes capitales son aquellas que surten al mundo de pequeñeces de un precio ínfimo.

Pues bien : no hay nada, absolutamente nada que tanto abunde como la conversación.

El que logre aprovechar para algo la cotidiana conversación, es como el que lograra convertir en oro el agua del mar.

Es decir, una obra colosal.

Y si el aprovechamiento que de la conversación se hace es la propaganda de las buenas ideas, bien podríamos afirmar que, fuera del de la oración, por tratarse de algo que es sobrenatural, no habría otro apostolado que con éste pudiera compararse.

En primer lugar, el tiempo que todos empleamos en conversar es tanto, que si, como hay aparatos que miden la distancia recorrida, los hubiera para medir al cabo del día el tiempo empleado en conversaciones, nosotros mismos quedaríamos pasmados y diríamos : ¿ todas esas horas he gastado yo en hablar ?

La conversación tiene más eficacia de la que generalmente se cree.

Parecerá inmodestia, pero yo me atrevo á afirmar que las razas latinas tenemos el don de la conversación.

Carecemos de otros dotes de naturaleza : este le tenemos en sumo grado.

No se puede dudar.

Porque no se trata aquí de hacer que la conversación pierda el carácter alegre, ligero, ameno que debe tener. De lo que se trata es de que así, tal como es, sirva para algo bueno.

La misma sátira, el ridículo á que tan afi-

cionados somos, ¿quién duda que se pueda usar para desbaratar á los enemigos de la religión?

Publica un periódico sectario una de las infinitas atrocidades que de continuo forman su texto.

Yo aseguro que cuatro señoras de ingenio bastan para ponerlo en la picota de manera que no le queden ganas al tal periódico de volver á las andadas.

Recientemente se ha hecho una verdadera campaña, muy innoble por cierto, contra lo más santo que existe en el mundo, como son las Hermanas de la Caridad.

Usar argumentos contra los que no se quieren convencer y viven de no convencerse, es una tontería.

¡Á ellos, con el ridículo y en las visitas, en la calle, dondequiera, se hace conversación á destrozarnos!

No se necesita mucha gracia para hacer reír y amenizar una reunión á costa de las enfermeras sabias que recomendaba « El Imparcial ».

En una conversación se puede también hacer una gran propaganda positiva en pro de las buenas prácticas.

Se había de hablar de otra cosa, se habla de los solemnes cultos que se celebran en tal iglesia los viernes ó los sábados : de lo numerosa que es tal asociación religiosa : de la preciosa imagen que se ha puesto al culto aquí : del altar que se ha estrenado allá : del predicador que luce su elocuencia acullá.

Mucho se recomienda en los libros santos el silencio.

Digámoslo con franqueza : el silencio consiste en no hablar y es punto menos que imposible para los que hablamos el español.

Hay otro silencio no menos provechoso que consiste en el hablar bien; hablar cosas buenas.

Vamos con éste, ya que alguno se ha de usar para santificarse.

Por las mañanas podríamos hacer el propósito, no de callar; éste, de seguro que no lo cumplimos, sino de hablar algo provechoso para la religión y de daño para los enemigos de ella.

Muchas veces en las grandes poblaciones de Europa y América ha sucedido que unas cuantas señoras habladoras han deshecho una compañía de comedia inmoral ó el prestigio de una artista escandalosa.

Desgraciado del que se vea combatido de veras por la conversación. No le arriando la ganancia.

Pensemos, pues, que si el flúido eléctrico bien aprovechado va haciendo una revolución en el mundo, ese poder de la conversación es una fuerza colosal que se está desaprovechando.

El día en que se encauce : el día en que se aproveche en una dirección determinada : el día en que por un convenio tácito ó expreso se establezca el apostolado de la conversación, vane á conseguir victorias decisivas y grandes bienes sobre los enemigos de Dios.

Cada una de las que llamamos hoy con razón cotorras humanas, se convierte en un ariete.

¡ Qué cañones de tiro rápido ni qué niño muerto!

La gran máquina de guerra es la boca de cualquier señora de sociedad y de ingenio, como son las mejicanas, echando palabras contra lo anticatólico, preséntese donde se presente.



XIX

Algo de pedagogía.

TIENEN los buenos libros el privilegio de aficionarle á uno á aquello en que jamás ha parado mientes.

Esto me ha sucedido á mí con el precioso libro que sobre pedagogía ha escrito el Director de la Escuela Normal de Jalapa.

Porque hay allí unos conceptos tan claros, una argumentación tan sólida, una doctrina tan sana y un conjunto al mismo tiempo tan ameno, que al penetrar por aquellas páginas se percibe como el ambiente del talento y de la verdad.

Así, al acaso, me encuentro hoy con un concepto de tal importancia, que él solo bastaría para escribir un libro.

Ocupase de una opinión personal de Don Justo Sierra y la rebate de un modo contundente.

Había dicho el Director de Instrucción Pública que « La Universidad está destinada á sostener una lucha que en el campo escolar se ha generalizado y que pretende hacer de la libertad un arma para resucitar intolerancias incompatibles con el progreso humano ».

« Á mí me parece, dice con lógica irrefutable el Señor Gutiérrez, que una Universidad luchadora es algo compuesto de términos y conceptos antitéticos. Es un pseudoconcepto. En el título « Universidad luchadora, » el adjetivo devora al sustantivo. Si una Universidad se establece sobre fundamento que no sea una paz inalterable, una imperturbabilidad completa y una tranquilidad solemne, invariable..... tendrá muy mal principio. »

Así se expresa el Señor Gutiérrez levantando un mundo de pensamientos en la mente del que lee.

Universidad luchadora. Es verdad, así se han fundado muchos centros de enseñanza prescindiendo de la ciencia y no dando culto más que á la secta.

No han ido allí los catedráticos á exponer fielmente los argumentos en pro y en contra de tal ó cual doctrina para que luego el criterio libre del discípulo elija el camino que más le cuadre.

No, allí se ha ido á predicar el exterminio de la Iglesia y de la fe. Se ha ido como á un club á levantar los vientos y las tempestades de la pasión enemiga jurada de la ciencia; se ha ido á apoderarse con malas artes del corazón juvenil abierto á todas las impresiones: se ha ido á destruir sin conciencia ni pudor la obra santa de las madres cristianas.

Universidad luchadora. Es verdad aunque parezca mentira.

Perdiendo ó debiendo perder el nombre por no convenirle ya, la Universidad ha sido exclusiva y el que desde luego no ha jurado formar en el ejército librepensador, ha quedado excluído del claustro de profesores; el que no ha prometido inclinar la cerviz al yugo sectario, ha sido arrojado en nombre de una libertad risible; el que no ha usado de la fraseología, santo y seña de los combatientes de cierto campo, se ha visto alejado de la hueste mal llamada científica.

Y, como para luchar, lo que hacen falta son proyectiles y no libros ni doctrinas, allí donde la Universidad se ha convertido en barricada, se ha dado el hecho que con amargura señala el Señor Gutiérrez de que por los baratillos anden tirados los grandes autores, los maestros del saber humano, mientras se agotan ediciones de los escritores sectarios aunque ayunos de verdadero saber.

Platón, Balmes, Aquino, Urráburo, Fene-lón, Comte, Rousseau, no sirven para nada, son hombres desconocidos de nuestra juventud.

Todo combate supone un enemigo.

¿Cuál es el enemigo que puede tener una Universidad?

¿Los ignorantes?

Á esos precisamente hay que llamarlos, hay que traerlos, no hay que destruirlos.

¿Los partidarios de una escuela determinada?

Y ¿quién da la infalibilidad suficiente para señalar el enemigo?

¿Vamos á amordazar el espíritu humano?
¿Vamos á someter la filosofía á lo que no puede someterse, cual es la autoridad humana?

Hasta la definición de la ciencia habría que cambiar cayendo en la barbarie.

En vez de decir que es el conocimiento por las causas últimas adquirido con la luz de la razón, habría que decir que es el conocimiento adquirido con la luz de los prejuicios y pasiones de unos combatientes encarnizados y furiosos.

De la discusión se ha dicho que nace la luz; nunca se ha afirmado que salga del fragor de un combate.

Al contrario. Los momentos de la lucha son los más á propósito para la ofuscación, para el error.

Desgraciado de aquel que discuta combatiendo.

Admirablemente lo dijo Balmes.

En la batalla intelectual no buscamos el convencimiento ni mucho menos el triunfo de la verdad, sino la destrucción del enemigo.

Es, pues evidente que la universidad guerrilla ó baluarte es la universidad anticientífica, embrutecedora del espíritu, inepta por completo para los fines esenciales á todo establecimiento docente y difundidor del progreso.



XX

Algo de Música.

CON motivo de la presentación de la Tetrazini ha habido crítico que ha llamado á la *Lucia* reivindicación del « bel canto. »

Otros han dicho que era la resurrección de la música italiana.

Quién ha empleado la frase : « música melódica » en contraposición de la « armónica » se conoce.

Bueno, pues todo esto no es más que un hatajo de desatinos.

No hay música italiana, ni alemana, ni melódica, ni armónica, ni tales carneros.

Lo que hay es, sencillamente música antigua y por lo tanto, peor que la moderna, y

música moderna y POR LO TANTO mucho mejor que la otra.

Y pongo en letras mayúsculas ese por lo tanto, porque filosóficamente hablando, lo moderno cuando es razonable, es siempre mejor que lo antiguo, como quiera que es lo antiguo, perfeccionado.

En esto se distingue el hombre de los animales : en que perfecciona sus obras.

La música, como todo, empezó por algo imperfecto y embrionario : fué poco á poco subiendo y llegó al colmo de la perfección, por ahora, en Wagner.

Ese hombre, á quien si no temiera decir una blasfemia yo llamaría semidiós, marcó nuevos derroteros y admirables al poema lírico : descubrió nuevos é inmensos horizontes en la instrumentación : dió un paso de gigante en la adaptación del canto al afecto y á la palabra y de todas maneras dejó al morir como un nuevo mundo no sé si más precioso que el que dejó Colón.

Los italianos que realmente nacen ya pre-dispuestos al sentimiento y al arte, sin vacilación de ningún genero, emprendieron la marcha por los nuevos caminos y gloria de Italia es el que ahora sea Puccini, Leonca-

vallo, Ponchielli, Mascagni y muchos otros los que llenen los carteles del mundo entero con sus obras preciosísimas.

Verdí, que tuvo la dicha de vivir muchos años, dejó francamente el camino que primero siguió en su *Traviata*, su *Nabuco* y su *Rigoletto* para escribir su *Aida*, su *Otello*, y su *Falstaff*.

Más aún : en el *Otello* se fué al extremo de la escuela nueva con el fervor del recién convertido.

En Francia, que siempre los franceses en arte no han de abandonar la primera línea, Massenet, Saint-Saëns, y el mismo Gounod, dieron óperas y números de concierto en los cuales con genio incomparable, se canonizaba al maestro de todos, al divino Wagner.

Nadie disputa hoy que de todas maneras, *Tanhauser*, *Lohengrin*, *Parsifal*, *Las Walkirias*, están sobre todo lo escrito en el siglo XIX y XX y el desiderata del artista es oír estos monumentos de inspiración y de instrumentación.

¿ Dónde está, pues, la distinción de música italiana ó alemana, armónica ó melódica?

¿ Dónde tienen las ramplonas óperas anti-

guas melodía como la romanza de la estrella de *Tanhauser*?

¿ Cuándo autor alguno de los que convirtieron la orquesta en un guitarrón, ha dado con motivo tan inspirado como el coro de peregrinos del mismo *Tanhauser*, ó el racconto de *Lohengrin*?

El brindis del último acto de *Sansón y Dalila* ¿ no vale por todas las trivialidades de *Lucia* ó de *Sonambula*?

Lo que hay, es que ahí las melodías inspiradísimas, originalísimas, admirables, están vestidas regiamente por una verdadera ciencia sinfónica.

Vestido tan magnífico, inspiración tan celestial que haga comprender la frase que yo oí á Sarasate : « Nunca he sentido impulsos de caer de rodillas y adorar á Dios como cuando oí el *Parsifal* ».

¿ Que hay viejos á los cuales entusiasma todavía el aria de la fuente de *Lucia* y el rondó de los *Puritanos*?

Puede ser muy bien, porque les recuerdan fechas de esas que traen envueltas reminiscencias de grandes alegrías.

Realmente al oír esas cosas se extraña uno de no ver en palcos y butacas caballeros con

frac azul y señoras con peinados de tres potencias.

¿Que hay también algunos jóvenes bastante atrasados por efecto de no haber salido de sus casas ó por falta de talento, para entusiasmarse á estas alturas con fermatas y fiorituras? Hay que ilustrarlos: hay que enseñarles que existen otras cosas mejores.

En todos los teatros del mundo sucede, y esto lo saben hasta los niños de la escuela, que las temporadas se pasan con *Hugonotes*, *Tanhauser*, *Boheme*, *Tosca*, *Samsón*, *Lohengrin*, *Manon*, etc.

Solamente una necesidad del momento resucita una *Favorita* ó un *Trovador*.

La aparición de alguno de esos pájaros humanos que se llaman Barrientos, Pacini, ó Nevada llevan al cartel unos *Puritanos* y casi siempre con detrimento de la taquilla.

Hay que desengañarse: la humanidad marcha sin detenerse y todo argumento, toda escuela, tódo arte ó toda ciencia que no cuente con esta marcha majestuosa, está fuera de la realidad y tiene necesariamente que caer en el abismo ó del desprecio ó del ridículo.

Pensar que la música va á estar hoy como

estaba en los comienzos del siglo pasado, es tontería insigne y absurdo intolerable.

Menudo movimiento ha impreso á todo el tal siglo.

Para bien ó para mal, pero el caso es que nuestro siglo no ha dejado títere con cabeza de lo antiguo y tradicional.

Fuera naturalmente de las verdades de la fe, que ésas son por su misma esencia inmovibles: todo lo demás se ha vuelto lo de dentro fuera en ciencias, artes y literatura.





XXI

El club.

LA vida moderna se comprende hasta sin pan, pero no se la puede imaginar sin casino y sin club.

En verso heroico y no en prosa habrían de cantarse y panegirizarse las excelencias de esa institución infinitamente mejor que la taberna inmortalizada por Baltasar de Alcázar.

Supuesto que el hombre del día no ha de estar nunca en casa con su mujer y con sus hijos ¿ dónde puede estar mejor que en el club?

Quizá en el hogar doméstico reina una medianía rayana en la pobreza. No hay allí grandes espejos, ni alfombras mullidas, ni

cortinas aterciopeladas ni criados de librea ni los refinamientos del lujo modernista.

Por unos cuantos pesos, no muchos, tiene el hombre casado el gusto de alternar con lo mejor de la población y de disfrutar el mismo trato que los potentados.

Hay que verle allí con el cigarro en la boca, la postura indolente, la sonrisa en los labios y el aire de satisfacción en toda la persona.

Pasar las horas muertas siempre dispuesto al chiste, siempre chismoseando sin callar nunca.

Suele también y ¿ por qué no? haber en tales centros su sala llamada en broma « del crimen ».

Nada que sea criticable : al contrario, un poquito de monte ó de ruleta que proporciona emociones un tanto fuertes, únicas que pueden romper la odiosa monotonía de esta pícara existencia humana.

Cierto que de vez en cuando se van los pies y sucede algún desaguisado como perder la fortuna, que es el pan y el decoro de una familia.

Cierto también que el hombre que se acostumbra á las ganancias del azar y las

emociones del tapete verde se hace por completo incapaz de trabajar y se queda con el corazón atrofiado para todo cariño y todo afecto noble.

Todo tiene en este mundo sus inconvenientes y no iba á ser el club el único que de ellos careciese.

Pero quién que no cierre los ojos de la razón desconoce los dulces é inocentes placeres que proporciona el club?

La murmuración : ese dulce alimento de las almas desocupadas. Ése se toma á pasto en tales centros, pero dignificado, ennoblecido, elevado á la categoría de los hombres, y hombres distinguidos por añadidura.

La portera incivil ó el tendero mal oliente que desatan su lengua contra toda una vecindad, son algo que subleva el ánimo y causa náuseas al espíritu.

El caballero de blanco chaleco, áurea cadena, reluciente chistera, charoladas botas y perla en la corbata, que desde la puerta, no de un comercio de abarrotes, no, sino desde la puerta de un casino, establece barricada por la que no pasa una rata sin llevarse un balazo de crítica punzante, resulta artístico y sobre todo elegante.

El astró que entra en el campo de acción del telescopio, desde el cual acecha el sabio, no es examinado como el infeliz que pasa por el pedazo de banquetta en que convergen las visuales de los socios del club.

Aquello ya no es acera, es mesa de diseción.

Á todo esto, casos se han visto de que mientras el rey del hogar luce el monóculo y el bastón de manatí en el club, la reina del mismo hogar ser acuesta sin más que unos frijoles en el estómago.

Sin ir al planeta Marte, se puede encontrar uno con esposas é hijos que carecen de las suficientes mantas para la cama de invierno, mientras papá se estira *au coin du feu* de la elegante chimenea del casino.

¡ Haber nacido hombre!

¡ Estaría bueno que el hombre tuviera esos fastidios de esperar á tener dinero para disfrutar de comodidades!

¡ No faltaba más!

El varón á la moderna no puede someterse á las degradantes ignominias de la medianía y mucho menos á las de la pobreza.

La mujer está bien con un vestido de lana y vestido que se haga ella misma.

No debe quejarse si come mucho arroz viudo y muchos frijoles solteros.

Debe conformarse con economizar centavo á centavo lo suficiente para los zapatos de los chicos y el alquiler de la vivienda.

El Monarca de la creación debe irse al nunca bastante ponderado club donde encuentre un trono, si no propio, alquilado.

Así se logra también que se encuentren esas casas, y ya van siendo muchas, en las cuales el padre es un extraño de los que más molestan.

Ni los hijos lo quieren, ni la esposa tampoco; es un señor que va de cuando en cuando y al que hay que cuidar cuando está enfermo.

Por lo tanto el que no se entusiasme con el club, ni es ilustrado ni modernista, ni liberal, ni merece el nombre de distinguido, ni elegante.

La palabra mágica, la que condensa todas las elegancias, la que convierte en un verdadero Petronio al más desgarbado tendero retirado es esta : « CLUBMAN. »



XXII

Indiscreciones.

ANTIGUAMENTE cuando un hombre tenía la costumbre de contar á todo el mundo cualquier cosa que se le decía, á ese hombre se le marcaba con el ignominioso calificativo de chismoso, de indiscreto ó de cotorra.

Eso de ir contando por todas partes lo que se sabía ó lo que se inventaba, llamábase oficio de comadres.

Cómo cambian los tiempos.

Hoy puebla la tierra una legión de personas, las cuales no tienen más oficio ni beneficio que oler lo que ocurre, averiguar lo que se chismosea é ir en el acto á contárselo á todo bicho viviente por medio de una